



“Juan Jaramillo Antillón”

Conozca las obras ganadoras de nuestro certamen literario

- *Compartimos “El Chico del Periódico”, del Dr. José Manuel Rodríguez. Tercer lugar*

EL CHICO DEL PERIÓDICO

-SIAM

Las penas añejadas como un vino agrio y los recovecos del tiempo le habían corrugado el alma mientras sobrevivía atenazada a un pasado angosto y turbio que permanecía tatuado en su memoria, como un coagulo denso, oscuro y álgido.

Desde entonces dedicaba el tiempo a engordar sus nostalgias, nada la perturbaba entonces: ya sus pupilas habían sido curtidas por el llanto repetido de aquellos tiempos innombrables y el azote del viento desde su ventana entreabierta.

No esperaba nada. Inerte y clara como una luna, su único propósito era menguar, hasta esa tarde al menos.

Sonó el timbre de su puerta, con un sonido antiguo que ya casi había olvidado. Abrió lentamente asomándose por el resquicio del marco con la cautela de los duendes cautivos, felina y asustada.

Era una tarde lluviosa y la silueta del muchacho se dibujaba frente a la gris cortina de agua que enmarcaba el pórtico de madera oscura salpicada por gotas de lluvia. Ella repasó perturbada aquella mirada ecuestre enmascarada entre los mechones de cabellos que chorreaban lluvia y polvo sobre las mejillas del chico.

— ¿Qué quieres? — replicó ella con hosquedad.

— Perdón, señora, sólo vengo a entregarle el periódico...

— Umm... nunca me tocan a la puerta, para eso está el buzón o me lo hubieras tirado bajo la puerta...

— Perdón, señora, soy nuevo en esta ruta y no sabía, pensé que los carteros entregaban la correspondencia y las cartas a cada persona, y como estaba lloviendo no quería que se mojara y ...



— No recibo cartas ni nada— lo interrumpió con brusquedad— solo el periódico y las facturas... pero bueno, gracias...

El muchacho entornó sus ojos caballunos avergonzado y deslizó con timidez el rollo que formaba el periódico hasta ponerlo frente a los dedos de aquella mujer incierta que lo miraba con desdén.

Ella agarró el periódico y accidentalmente sintió el roce tibio de aquellos dedos temblorosos. Se sintió culpable y vieja.

— Disculpa, no te preocupes, es que siempre me dejan todo bajo la puerta o en el buzón, no estoy acostumbrada, es solo eso.

— ¿Nadie le escribe?

Ella redefinió por vez primera aquella realidad. Nadie le escribía, nadie la llamaba. No le importaba a nadie. Pero no respondió.

— ¿Quieres tomar algo?... Estás todo mojado....

— Bueno....

El muchacho dejó su bulto de cartero en la puerta, mientras, la lluvia salpicaba sus botas; se quitó la capa que colgó con cuidado en la herrumbrosa bicicleta que había acomodado en las barandas que bordeaban el pórtico.

Ella entró hacia la única habitación que le servía de cocina, comedor y dormitorio. El chico la siguió con cautela. En el centro de la estancia había una mesa redonda cubierta con un mantel bordado con florecillas multicolores y dos sillas tapizadas con un raso antiguo y desgastado, un vaso con unas flores frescas, varios libros y un cenicero repleto de colillas.

Avergonzada, retiró el plato con restos de comida, una servilleta sucia y el cenicero repleto y reacomodó las flores en el vaso de vidrio. Prendió una vela con olor a canela y preparó un café rápido e insípido.



El muchacho no dijo nada, solo bebió a pequeños sorbos el café caliente y ralo que, pese a todo, le fue reconfortante. Ella fingió leer el periódico húmedo.

— Gracias, señora, me tengo que ir...

— Está bien, gracias a ti. Tenga cuidado con esa lluvia, la gente anda como loca por las calles y no ven las bicicletas.

— Gracias, señora, buenas tardes.

Al día siguiente todo sucedió según la secuencia lógica en que tal vez deban suceder algunas cosas.

Había un sol radiante y el chico aceptó desde la puerta un vaso de agua. Hablaron sobre el tiempo y el nuevo ciclón que se acercaba a tierra.

Y así sucedieron los días uno tras otro en aquella secuencia en que ella esperaba el sonido del timbre de la puerta y, de la hostilidad inicial, pasaron a las sonrisas y a la complicidad del café y, a veces, a algunas galletas con jalea de naranja.

Ella lo miraba con cautela y cierta ternura cuando el chico se entretenía, mirando de reojo sus libros y sus cuadros raros, sus fotos y sus discos viejos. Él se sonrojaba al verse sorprendido.

Comenzaron a hablar de los relatos de los libros, de las pinturas en la pared, de las historias cantadas a gritos en aquellos discos que él no lograba comprender. Ella luchaba con la idea de que aquella criatura espléndida y noble no se estuviera convirtiendo en otro espejismo y más de una vez intentó sacudírselo como hacía con los pelos de su gata barcina, pero una y otra vez, él volvía por más de sus historias, su dolor y su música.

Aquella tarde cuando ella abrió la puerta, en vez del periódico, él le tendió una rosa apenas luchando por abrirse dentro del capullo verde y tierno. Ella sintió que toda la sangre se le escapa del cuerpo para volverse un remolino en su cabeza.



— ¿Qué es eso?— preguntó perturbada.

— La he comprado... para usted....

Ella fingió una sonrisa a medias, sabiendo que la había robado del jardín del vecino.

—Señora, es que... señora, usted es muy... el chico tartamudeaba en una angustia cimentada por meses de atragantarse las cosas que quería decir.

Ella, perturbada aún más, lo miró con la fiera de tantos años de aclimatar la desidia, la desesperanza y la corrosiva soledad. El chico, avergonzado, salió corriendo, dejando tirados el rollo que armaba el periódico y encima, la flor que comenzaba a desangrarse en su tallo mal cortado.

Cerró la puerta de un golpe. Fue al espejo donde el azogue oxidado le devolvió la imagen incompleta y borrosa de la mujer que no había visto en tantos años. Se alisó los cabellos con la punta de los dedos, se entreabrió la blusa oscura y contempló sus pechos marchitos, palpó su vientre estéril, sus labios ofrendados al olvido.

Regresó a la puerta y recogió la rosa tierna, que colocó en el vaso de vidrio en su mesa del centro de la habitación.

Al día siguiente esperó el sonido del timbre. Pero sólo fue la lluvia, otros días los chicuelos del barrio pidiendo golosinas, otros días el vecino reclamando por los maullidos de su gata en celo. Recogía el periódico debajo de la puerta e intentaba leerlo a ratos.

Se dedicó a escudriñar las horas y precisar el momento exacto en que el periódico quedaba debajo del umbral de su puerta. Y esa tarde apenas sintió el leve sonido del bulto que rozaba el piso, abrió de golpe la puerta.

Ante sí había un viejo sorprendido y huraño cargando un maletín de cartero.



— ¿Dónde está el otro chico?— preguntó ella con ansiedad.

— ¿De qué habla?— gruñó el viejo que ya intentaba montar su bicicleta y seguir su ruta.

— Es que antes venía un joven a dejarme el periódico y...

— Ah ya, hace unas semanas que se fue. Era un chico muy raro que se la pasaba hablando de músicas e historias raras, ha renunciado y se ha ido quién sabe a dónde... Un chico triste, debe estar loco...

Ella sintió como se deshojaba lo poco que le había quedado intacto dentro de su alma renovada. Y se sentó a esperar.

Y esperar le llevó el resto de la vida. Vivió lo suficiente como para tener el tiempo de sobra para arrepentirse durante todos esos días de espera, de aquella tarde en que tiró la puerta dejando afuera aquella rosa robada por el chico de mirada ahumada que le había agitado la roca del pecho y comenzaba a sanar las costras que la soledad había marcado en todos los rincones de su cuerpo.